

La clave de un sistema de gobierno racional no está en el monopolio plebiscitario, sino en el complejo sistema mixto de la representación.

## Rey y Pueblo

**Luis Meana**

En una celebrísima frase escribe Carl Schmitt: “Todos los conceptos determinantes de la Teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados”. Evidentemente. Se extraen de la teología y se desplazan a la política, como la idea de un Dios todopoderoso que transmuta en legislador omnipotente/omnipotente.

Se han escrito miles de páginas explicando que la llamada Modernidad –desde Copérnico y la Reforma– supone un gigantesco proceso de secularización. Es decir, una especie de expropiación a gran escala de todo lo sagrado. Resumidamente: Dios ya no es el factótum del Universo, posición que pasa a ocupar esa “mediocridad autoelevada a Dios” que es el hombre (Heidegger). Ahora “el patrón de medida de todas las cosas” ya no es Dios, somos nosotros. Desaparecen las certezas absolutas y todo es cuestionado y puesto en duda. Esa inmensa tormenta histórica deja cuatro grandes “víctimas”: Dios, el Rey, el Estado y la Razón. Pierde su trono Dios tras ser llevado por el hombre ante el Tribunal de la Historia y resultar condenado como culpable del mal del mundo. El mismo destino correrá su vicario en la Tierra: deslegitimado/decapitado, el Rey es declarado veneno corrosivo para los Reinos. Y lo mismo le ocurrirá a la sacrosanta Razón, y a su fundamento, la Verdad, arrasadas por la opinión indocumentada, las ideologías, los mitos, la pura subjetividad, las fábulas totalitarias o la mentira. En definitiva, ya no hay nada supremo, ni seguro.

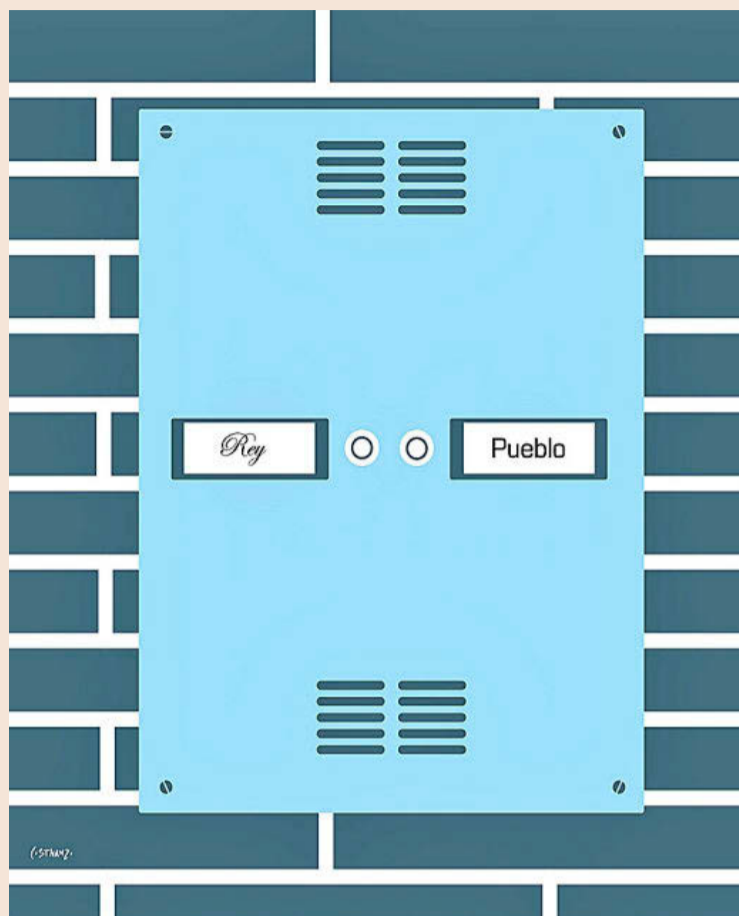
Pero tan gigantesca desacralización ocultaba una sorpresa. En medio de ese inmenso vacío emerge una nueva certeza: el Pueblo. Nueva Divinidad que recibe en herencia, de manos de la Historia, los atributos

que eran sólo propios de Dios (o del Rey). Esta nueva teología política del carácter cuasi divino del Pueblo sustituye a la vieja teoría del origen divino de la Monarquía. Como el Rey fue una secularización de Dios, el Pueblo viene a ser una secularización del Rey, pero manteniéndole los atributos divinos. Gran paradoja. El Pueblo es ahora la certeza cartesiana de la política. Única instancia/autoridad legitimadora. Nuevo soberano absoluto. Nada está por encima de Él. “Su voluntad es siempre ley suprema” (Sieyes). El Pueblo es el cuerpo político del Rey absoluto, pero sin las debilidades, defectos o vicios del cuerpo mortal del Monarca.

Ese Pueblo es fuente de verdad, por Él habla/actúa lo auténtico. Como nuevo Redentor del mundo es incapaz de engañar o mentir. También de errar, pues tiene la infalibilidad de un Papa. Rector sabio dirige, con “sapiencia gubernans”, las cosas. Es justo y equitativo. En su superioridad moral, está adornado de incorruptibilidad y todo cuanto hace es bueno y virtuoso. Disfruta además de un vínculo privilegiado con lo divino, como recuerda el Evangelio: Dios no habla a los sabios, ni a los entendidos, ni a los poderosos. Habla a los “sencillos”. A la gente. “Vox populi, vox Dei”. Fórmula que “traduce” irónicamente así Voegelin: “la voz de Cristo suena primero en la masa, en el pueblo normal. Allí es oída en primer lugar”.

En resumen, el Cielo es el nuevo trono del Pueblo y la Tierra el cascabel de sus pies. O sea, el temible, todopoderoso y aterrador Leviatán de Hobbes, el Estado, convertido en Supermán colectivo.

Sin duda, una ensoñación romántica. Compuesta de fantasía + teología. Lo que esos nuevos ventrílocuos proféticos del populismo nos venden es que Pueblo es una de esas ideas claras, indudables y sencillas –cartesianas– que no necesitan justificación por autoevidentes. Pero la realidad es bien distinta: se trata de una idea altamente artificial, un “cons-



tructo” político lleno de recovecos, vacíos y ambigüedades, más abstruso, si cabe, que el Rey Taumaturgo. Una especie de noción-bandera muy recargada simbólicamente y especialmente camaleónica. La idea de Pueblo ha cambiado de color, forma, contenido y significado en cada época. Y está intrínsecamente relacionada, emparentada o funciona como sinónimo de muchísimas otras nociones, todas ellas complejas: como demos, tribu, etnia/sangre, casta, lengua, cultura, koinonía/comunidad, polis, populus, civitas, patria, nación, mayoría, masa, plebe, vulgo, turba, etc. La palabra Pueblo actúa de maneras muy distintas. Unas veces como noción objetiva y aséptica (para significar tribu o demos); otras marca diferenciación, sea vertical/horizontal o sea de pertenencia/exclusión (la plebe frente a las clases superiores, la identidad de lo “nuestro” frente a lo “extraño”/inferior); otras conlleva una fuerte carga metafísica/religiosa (idea de pueblo especialmente amado/elegido por Dios y con destino mesiánico); otras veces es sinónimo de ideas explosivas por naturaleza (como nación, etnia/raza, patria, cultura superior,...) y a partir de ahí deriva irremediablemente hacia

el cáncer devastador del nacionalismo (como enseña la historia, también la nuestra). En definitiva, más que una noción es arma que carga el diablo: y como tal ha estado presente, más o menos dramáticamente, en los grandes cataclismos y barbaries de los últimos siglos. Como dijo Brecht, está muy bien decir que “todo el poder procede del Pueblo, pero la cuestión es a dónde lleva”.

### Lo ideal y lo real

En fin, que lo ideal poco tiene que ver con lo real. Como señalaron tantos clásicos. Uno de los más contundentes, aparte de Bodino, Altusio: el Pueblo es variable, caprichoso, precipitado, inconstante, impulsivo, inclinado a las emociones y mudanza de afectos, incapaz de buen juicio, crédulo, levantisco, sedicioso, ingrato, feroz, envidioso, ávido de lucro, y más proclive a los necios que a los virtuosos, entre otros etcéteras. Apoyarse en él es apoyarse en pared débil. Así que el Pueblo, como realidad, está muy lejos de corroborar los atributos y perfecciones divinas que su teología política le concede. Como se ha visto mil veces: se deja engañar, guiar o manipular por los peores déspotas o tiranos (desde Napoleón

a Hitler) “a la manera en que las ovejas siguen unas a otras” (Lipsio). Quizá por eso el poco sospechoso Voltaire añadió: “No me gustaría vivir bajo ninguna tiranía, pero si hubiera que escoger, detestaría menos la de uno solo que la de muchos”.

El propósito de fondo que subyace a toda esa teología del Pueblo es “limpiar” a la política del “germen venenoso” de la religión. Una imposibilidad, como se ha comprobado tantas veces. Esa gigantesca desacralización a la que hemos asistido es en realidad una resacralización encubierta y hecha por la puerta trasera. Con una mano se desacralizaba, pero con la otra se ha ido llenando el mundo con lo que Voegelin llamó “religiones políticas” y C. Bry, decenios antes, “religiones disfrazadas”, por cierto cada vez más absurdas. Toda esa resacralización cumple casi a la perfección aquella vieja doctrina de la emanación descendente o degradación progresiva de Plotino: Dios se “degrada” en el Rey, éste en el Estado, y éste en el Pueblo. Resultado: creamos y adoramos a divinidades (políticas) cada vez más pobres, imperfectas y menos fundamentadas. Ya lo advirtió Mariana, “no se pesan los votos, se cuentan”.

Lo que significa, la aritmética no es fundamento suficiente para las divinizaciónes. Por lo demás, que la individualmente muy imperfecta naturaleza humana se convierta en virtuosa sólo por agregarse/agruparse en Pueblo no deja de ser una nueva transustanciación milagrosa, muy difícil de digerir por más teología que se le eche. Por redundar, cuesta también creer que un “organismo” pueda tener un cuerpo (Pueblo) que es a la vez cabeza (Rey), y una cabeza que sea a la vez cuerpo.

Pase lo que pase con todos esos “milagros” teológicos, la clave de cualquier sistema de gobierno racional está donde estuvo siempre: no en el monopolio plebiscitario –del Rey o Pueblo– sino en el complejo sistema mixto de la Representación. Lo que nos aboca a la eterna aporía: por poco o mal fundamentada que esté la vieja teoría del origen divino de la Monarquía, no lo está mejor este nuevo/viejo romanticismo político del Pueblo. Como naufragos, vamos a la deriva en un océano de incertidumbres, vendaval en el que nuestros sistemas políticos penden de un hilo muy fino. Así que no conviene tensarlo demasiado.

Escritor

# Expansión

DIRECTORA ANA I. PEREDA

DIRECTORES ADJUNTOS: Manuel del Pozo, Iñaki Garay

Subdirector: Pedro Biurrún. **Desarrollo digital:** Amparo Polo. **Corresponsal económico:** Roberto Casado. **Redactores jefes:** Mayte A. Ayuso, Juan José Garrido, Tino Fernández, Javier Montalvo, Emelia Viana, Clara Ruiz de Gauna, Estela S. Mazo, José Orihuel (Cataluña) y Miguel Ángel Patiño (Londres)

Empresas Iñaki de las Heras / Finanzas/Mercados Laura García / Economía Juan José Marcos / Jurídico Sergio Saiz  
Opinión Ricardo T. Lucas / Directivos Nerea Serrano / Bruselas Francisco Rodríguez Checa / Comunidad Valenciana Julia Brines  
Cataluña Artur Zanón / País Vasco Marian Fuentes / Galicia Abeta Chas / Diseño César Galera / Edición Elena Secanella

MADRID. 28033. Avenida de San Luis, 25-27.1.ª planta. Tel. 91 443 50 00. Expansión.com 91 050 16 29. / BARCELONA. 08036. Avinguda Diagonal, 431 bis, 6.ª planta. Tel. 93 496 24 00. Fax 93 496 24 05. / VALENCIA. 46004. Plaza de América, 2.1.ª planta. Tel. 96 337 93 20. Fax 96 351 81 01.

SEVILLA. 41011. República Argentina, 25. 8.ª planta. Tel. 95 499 14 40. Fax 95 427 25 01. / VIGO. 36202. López de Neira, 3. 3.ª. Oficina 303. Tel. 638 87 91 95.



PRESIDENTE ANTONIO FERNÁNDEZ-GALIANO

VICEPRESIDENTE GIAMPAOLO ZAMBELETTI

DIRECTOR GENERAL: Nicola Speroni

DIRECTOR GENERAL DE PUBLICACIONES: Aurelio Fernández

DIRECTOR GENERAL DE PUBLICIDAD: Jesús Zaballa

PUBLICIDAD: DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICIDAD Tel: 91 443 55 09 / SECRETARÍA DEPARTAMENTO DE PUBLICIDAD Tel: 616 506 719 /  
COORDINACIÓN Esteban Garrido Tel: 653 65 40 65 / INFORMACIÓN PUBLICIDAD marketingpublicitario@unidadeditorial.es /  
CATALUÑA Elena Bocos. Avinguda Diagonal, 431 bis, 6.ª planta. 08036 Barcelona. Tel: 690 83 92 18 / ZONA NORTE Marta Meler. Tel: 637 42 87 86 /  
LEVANTE Marcos de la Fuente. Plaza de América, 2.1.ª planta. 46004 Valencia. Tel: 609 25 55 18 /  
ANDALUCÍA Y EXTREMADURA Pedro Valcarcel. Avda. República Argentina, 25. 8.ª B. 41011 Sevilla Tel: 609 17 26 94 /  
INTERNACIONAL Margarita Fernández. Avda de San Luis, 25. 28033 Madrid. Tel: 639 30 09 20.

COMERCIAL: SUSCRIPCIONES Avenida de San Luis, 25-27.1.ª planta. 28033 Madrid. Tel. 91 275 19 88.

TELÉFONO PARA EJEMPLARES ATRASADOS Y ATENCIÓN AL CLIENTE 91 050 16 29.

DISTRIBUYE Logintegral 2000, S.A.U. Tel. 91 443 50 00. www.logintegral.com

RESÚMENES DE PRENSA. Empresas autorizadas por EXPANSIÓN (artículo 32.1, Ley 23/2006); Acceso, TNS Sofres, My News y Factiva.

IMPRESIÓN: BERMONT IMPRESIÓN, S.L. Tel. 91 670 71 50. Fax 91 327 18 93.

DIFUSIÓN CONTROLADA POR



Depósito Legal M-15572-1986 ISSN 1576-3323

Edita: Unidad Editorial, Información Económica S.L.U.